

desde Milán; pero la entrada en esta ciudad con el rey es imposible de describir». Los dos soberanos se trataron fraternalmente. «¡Ojalá que entre nosotros, y entre nuestros hijos, después de nosotros, se conserve siempre esta amistad!» exclamó el emperador; y á su vuelta, envió de nuevo las gracias, desde Bozen, en estos términos: «Nuestra entrevista tendrá importancia histórica, pues la Providencia nos ha colocado á ambos al frente de dos naciones que han conquistado su unidad, después de larga lucha». La legación italiana de Berlín y la alemana de Roma se elevaron á la categoría de embajadas. Nadie dudaba que Italia concluiría por echarse decididamente en brazos de los enemigos de Francia, resultado debido, en mayor parte, á las imprudentes alharacas de los clericales de este país.

El ministerio que había preparado estas visitas oficiales cayó á poco, arrastrando consigo á su partido. Fiel á sus deberes de rey constitucional, Víctor Manuel entregó el mando á un gabinete compuesto de individuos pertenecientes á la mayoría del parlamento y presidido por Depretis. Verificadas nuevas elecciones en Noviembre de mil ochocientos setenta y seis, á causa de haberse disuelto las Cámaras, la derecha sólo obtuvo noventa puestos: su preponderancia política había terminado al mismo tiempo que su misión.

En el ministerio recién formado, entraron nada menos que cinco mazzinianos, á saber: Depretis, Mezzacapo, Melegari, Mancini y Nicotera, y cuatro italianos del Mediodía, mientras que, hasta entonces, únicamente los monárquicos del Norte habían dado ministros al reino de Italia. Con esto se inició una nueva época en la vida pública de la joven monarquía. Nada, sin embargo, pudo hacer en algún tiempo el gabinete Depretis; pero en Diciembre de mil ochocientos setenta y siete, sobrevino una crisis, que se conjuró saliendo del departamento de lo Interior el barón de Nicotera, que fué reemplazado por el siciliano Francisco Crispi; y como eran conocidas la ideas radicales de este político, esperábase verle acometer en seguida reformas de transcendencia. Por desgracia, ocurrió á los dos meses un acontecimiento que sacó por lo pronto la vida política de Italia del carril en que estaba. El nueve de Enero de mil ochocientos setenta y ocho, precisamente cinco años justos después de haber muerto Napoleón III, desaparecía del mundo de los vivos Víctor Manuel, víctima de aguda pleuresia. Sus funerales fueron los de un héroe nacional. El rey Humberto, su sucesor, al dirigirse al pueblo anunciando su advenimiento al trono, expresóse en los términos siguientes: «He recogido el último aliento de mi padre, que fué dedicado á la patria, y su última oración, en que pidió á Dios por la prosperidad de su pueblo, al cual había dado libertad y gloria. Conservaré la herencia del gran ejemplo que me ha dejado: la fidelidad á mi país, el amor positivo á todos los progresos de la civilización y la fe indestructible en las instituciones liberales que, otorgadas por mi augusto abuelo, defendidas y guardadas concienzudamente por mi padre, son el orgullo y la fuerza de mi casa. Como él, seré yo el soldado de la independencia nacional y su defensor

más vigilante. Mi única ambición será ganar el amor de mi pueblo, como lo tuvo mi padre. ¡Italianos, vuestro primer rey ha muerto: su sucesor os probará que las instituciones no mueren!» El diez y nueve de Enero, prestó el rey el juramento constitucional ante las Cámaras, siendo aclamado por la muchedumbre, que invadía las calles del tránsito; cuando volvió al Quirinal, asomóse con la reina al mismo balcón en que, en otro tiempo, Pío IX había recibido los vítores de los romanos. El príncipe heredero de Alemania, que estaba al lado del rey, tomó en sus brazos al príncipe de Nápoles, que entonces tenía ocho años, le mostró al pueblo y le besó: el pueblo contestó con aclamaciones incesantes de «¡Viva Alemania! ¡Viva Italia!»

El ministerio Depretis dimitió en Marzo de mil ochocientos setenta y ocho, con motivo de haber sido elegido presidente de la Cámara de diputados Benito Cairoli, antiguo conspirador de la escuela de Mazzini y valiente defensor de la libertad en el estado-mayor de Garibaldi. Cairoli sólo estuvo ocho meses en el gobierno. Las tendencias radicales de su política y su indulgencia con las asociaciones republicanas, que se multiplicaron con el título de «asociaciones Barsanti», nombre de un cabo de escuadra que había asesinado á su teniente y sufrido en castigo la última pena, determinaron á tres de los ministros á retirarse, y el atentado de Pasanante contra Humberto precipitó la caída de Cairoli; pues, aunque éste había recibido, poniéndose delante, el golpe dirigido á la persona del monarca, se le hizo responsable de un suceso que se achacaba á su tolerancia. Llamóse para sucederle á su antecesor Depretis, que, á su vez, debió cederle el puesto nuevamente en Julio de mil ochocientos setenta y nueve; mas Cairoli no pudo sostenerse sino dando á su rival la cartera de lo Interior en Noviembre siguiente. Desde esta fecha hasta mil ochocientos ochenta y uno, los dos jefes de la izquierda, en lugar de combatirse, trabajaron de común acuerdo, permitiéndoles esta colaboración llevar á la práctica los principales puntos del programa de su partido. Finalmente, en el citado año de mil ochocientos ochenta y uno, se cumplieron tres acontecimientos, que debían modificar profundamente las condiciones de la existencia política de Italia: las reformas fiscales, la reforma electoral y la ocupación de Túnez por Francia. Con las primeras, pareció entrar Italia en un período de prosperidad económica, como nunca lo había conocido. La segunda redujo de cuarenta francos á diez y nueve y ochenta céntimos la contribución exigida para poder votar, y de veinticinco años á veintiuno la edad necesaria para ello; además, concedió el derecho de sufragio á los que acreditasen poseer la instrucción primaria en su grado superior; elevándose, por entrambas cosas, á dos millones el número de electores. El tercer acontecimiento favoreció en gran manera la realización del deseo de Bismarck, de transformar la alianza austro-alemana en triple alianza, atrayéndose á Italia.

Se ha lanzado sobre el canciller germánico la acusación de haber ofrecido Túnez, en el congreso de Berlín, simultáneamente á Francia y á Italia, con ánimo de enemistar

entre sí á estas dos potencias. No ha podido demostrarse, sin embargo, la legitimidad de este cargo. Lo cierto es que, por una parte, Italia, habiendo regresado con las manos vacías del congreso de Berlín, veía en Túnez, como afirmó Damiani en el parlamento, «la única puerta abierta á su expansión», y que, por otra, Francia, dadas la configuración geográfica y la situación política de los dos países, no podía consentir que ninguna otra potencia se estableciese en Túnez, á la entrada de Argelia. Así lo habían comprendido los diplomáticos reunidos en Berlín, y así también lo indicó claramente lord Salisbury, al escribir el siete de Agosto de mil ochocientos setenta y ocho á lord Lyons: «En lo tocante á un acontecimiento que puede aún estar remoto, Inglaterra no modificará su actitud, reconociendo siempre, cual hoy lo hace, los efectos naturales de la vecindad de un país poderoso y civilizador como Francia, y no teniendo por qué anteponerle la consideración de pretensiones contrarias de ninguna clase.» Al día siguiente, pues, de firmarse el tratado de Berlín, fijaban sus miradas en Túnez Italia, ganosa de hallar al otro lado del Mediterráneo una compensación al aumento de influencia alcanzado por Austria-Hungría en el Adriático con la ocupación de Bosnia y de Herzegovina, y Francia, obligada á defender los numerosos intereses que tenía en Túnez y á no permitir más tutela que la suya, en un país cuyo territorio es la prolongación natural del de Argelia y en donde todos los descontentos y rebeldes hubiesen encontrado fácilmente refugio y apoyo. Vieron los italianos, con su sentido político característico, que les convenía ir de prisa, mas no se percataron del peligro que envolvía su conducta; pues, naturalmente, Francia, en presencia de ella, debía redoblar su vigilancia y su energía en la defensa de sus intereses. Las circunstancias, por tanto, empujaron fatalmente á una y á otra potencia á acelerar la solución, y el acontecimiento que lord Salisbury juzgaba distante en mil ochocientos setenta y ocho acaeció de improviso. A consecuencia de una agresión de los krumires (quince y diez y seis de Febrero, treinta y treinta y uno de Marzo de mil ochocientos ochenta), las tropas francesas pasaron la frontera tunecina, y el doce de Mayo, el bey de Túnez firmaba el tratado del Bardo, aceptando el protectorado de la República.

Bismarck estaba de enhorabuena; Italia era suya. El acto de Francia, en efecto, tuvo en la Península resonancia extraordinaria. El ministerio Cairoli dimitió, entregando el poder á otro presidido por Depretis, en que confirióse á Mancini la cartera de Negocios Extranjeros, y en el corazón de los italianos prendió un sentimiento de hostilidad contra Francia, que estimularon las dificultades producidas por la denuncia, que hizo el gobierno de Roma, del tratado de comercio con la República, los desgraciados sucesos ocurridos en Marsella y las agrias polémicas mantenidas por la prensa. El rey Humberto fué á Viena, en Octubre de mil ochocientos ochenta y uno, y á Berlín, en mil ochocientos ochenta y dos; por último, en mil ochocientos ochenta y tres, adhirióse Italia al acuerdo austro-alemán, naciendo de este modo la llamada *triple alianza*, que aún subsiste. Francia, has-

ta entonces, no había tenido más que un enemigo, el que la espiaba desde lo alto de los Vosgos; ahora, la amenazaba otro desde los Alpes, y Bismarck tal vez se forjó la ilusión de suscitarle otro en los Pirineos, viendo á Alfonso XII presentarse aquel mismo año en Berlín, donde fué sumamente agasajado por el emperador Guillermo, de quien recibió el nombramiento de coronel honorario de un regimiento de hulanos que estaba de guarnición en Strasburgo. Pero en este último punto, no obstante la falta de cortesía cometida por parte de la población de París con el monarca español cuando, á su regreso de Berlín, se detuvo en aquella capital, las esperanzas del canciller, si es cierto que las alimentaba, le resultaron fallidas. A nuestra patria no le seducía la alianza con Alemania, y dos años más tarde, el incidente de las Carolinas debía arrancarle un grito de unánime protesta contra el imperio germánico.